

Ante la muerte de una persona querida

La muerte de las personas que tenemos cerca se nos lleva un pedazo de nosotros mismos. La muerte nos rompe.



M. Cabo

Da igual que sea la muerte de alguien ya mayor que ha podido vivir una larga vida, o la muerte ya tristemente esperada de un enfermo, o la súbita muerte que agrede de repente, sin avisar. Siempre, cuando muere alguien cercano, alguien a quien amamos, perdemos un pedazo de nuestra vida misma.

Y nos preguntamos: ¿Qué vamos a hacer, cómo podemos vivir esta realidad tan dolorosa?

La esperanza de la vida eterna

Nosotros creemos que el último horizonte de la vida humana no es la muerte, no es la nada. Sino que es encontrarse con Dios, con la Vida plena de Dios, con su Amor sin fronteras.

Ante la muerte, lo mejor que podemos hacer es mirar hacia Jesús. Él fue fiel al amor de Dios hasta morir en una cruz. Y nosotros, al contemplarlo allí clavado, nos sentimos llamados a afirmar, con toda la fe, que aquella vida tan valiosa no quedó definitivamente destruida. Nosotros afirmamos que Jesús vive por siempre, en la vida plena y eterna de Dios. Y como él, también nosotros esperamos vivir esta vida.

Ciertamente no sabemos cómo será, esta vida que esperamos. Pero sí sabemos que, si caminamos por este mundo unidos a Jesús, y con ganas de amar como él amó, estamos llamados a compartir esta vida suya. Esta es nuestra fe: que, más allá de este mundo, cada uno de nosotros, nuestra misma persona, continuaremos viviendo, pero en otra vida diferente, en la que no habrá ni dolor ni mal ni muerte. Viviremos la vida de Jesús, la vida de Dios.

El agua, la luz, la vida

Nosotros, un día, empezamos a formar parte de la comunidad de los seguidores de Jesús. Fue el día de nuestro bautismo. La mayoría lo recibimos de pequeños, sin tener ninguna conciencia de ello; otros, en cambio, de mayores. Pero tanto a unos como a otros, aquella agua nos hizo nacer de nuevo, nos unió a Jesús muerto y resucitado, nos dio la vida de hijos de Dios. Y esta vida no se acaba nunca.

El día de nuestro bautismo, allí, junto al agua en la que teníamos que ser bautizados, había un cirio encendido. Era el cirio pascual, el cirio que cada año encendemos en la noche de Pascua

para simbolizar a Cristo resucitado. De aquel cirio se encendió el cirio que llevaban nuestros padrinos (o que llevábamos nosotros mismos, si nos bautizamos de mayores), para significar que nosotros recibíamos la luz de Jesús, la luz vencedora de la muerte. Por esto, cuando un cristiano muere, también se enciende en su despedida el cirio pascual, para recordar que aquella luz sigue encendida, más allá de este mundo, en la vida de Dios. Y el cuerpo muerto de aquel cristiano es también asperjado con el agua, para recordar el bautismo que lo hizo hijo de Dios, y que le da la vida que nunca termina.

Es cierto que muchos hombres y mujeres no han recibido este don del bautismo, y ello no significa que cuando mueren Dios los tenga que rechazar. Dios es misericordioso con todo el mundo y tiene los brazos abiertos para todos. Pero los cristianos tenemos esta suerte: que Dios se nos ha acercado visiblemente a través del agua derramada sobre nosotros y nos ha hecho entrar en su familia, dándonos así la garantía de la vida para siempre.

El coraje de vivir

El mejor homenaje que podemos hacer a la persona querida que ha muerto, es continuar nosotros viviendo la vida con coraje.

Con aquella persona querida hemos compartido muchas cosas importantes, mucha vida. Continuar esta vida, continuarla con ganas aunque a veces pueda ser muy difícil, continuarla poniendo el interés en lo que realmente vale la pena, como es el amor, el espíritu abierto y generoso, las ganas de ayudar a que todo el mundo pueda vivir con dignidad y felicidad... todo esto será la mejor manera de hacer que toda la vida que hemos vivido con la persona que ha muerto, siga presente en nosotros.

Y todo ello, claro está, vivido en la compañía de Dios, con la luz de Jesucristo. Dios está a nuestro lado, nos acompaña. Jesús

nos muestra un camino, una forma de vida, una confianza y una esperanza que no quedan destruidas por la muerte. No debemos tener miedo a buscar su refugio, no debemos tener miedo de buscar su mano amorosa para que nos guíe. Aunque a veces parezca que no está. Como dicen unas palabras que leemos en el Antiguo Testamento: “Es bueno esperar en silencio la salvación del Señor”.

La oración

Esta compañía de Dios la vivimos en la oración. Oración para compartir con él nuestro dolor y nuestra tristeza, para recordar también todo lo que significó para nosotros aquella persona que hemos perdido, para buscar la fortaleza que necesitamos. Y oración por la persona querida que nos ha dejado, para pedirle a Dios que la llene de toda la alegría y toda la paz, que la acoja con todo su amor, que le perdone el mal que, a causa de la debilidad humana, haya podido cometer a lo largo de su vida.

Lo cierto es que Dios esto ya lo hace. No necesita que se lo pidamos. Dios quiere acoger a todo el mundo, y entiende mejor que nadie, sin duda mejor que nosotros, nuestras debilidades. Y sabe encontrar en todos sus hijos, tanto si han mantenido una fe firme y bien vivida, como si se han alejado de ella por el motivo que sea, como si han vivido una vida con confusiones e incertidumbres, la chispa de su amor. Pero aunque Dios no necesite que se lo pidamos, nosotros sí necesitamos pedirselo, sí necesitamos expresar a nuestro Padre Dios los mejores deseos y nuestra confianza en su bondad inagotable.